



This book encourages the growing intelligence of the young child . . .

it stimulates thought, strengthens memory and encourages the use of language.

The recognition and interpretation of the pictures and situations lead to enquiry, observation of detail, the realization of how things relate to one another, the making of inferences and the forming of conclusions and judgments.

As progress is made through the book, the child adds to his store of general knowledge and how to apply it to new situations. Confidence grows with a fuller understanding of the complex life around.

The use of this book should form a part of any pre-reading programme.

This book has been specially planned to be enjoyed *with* your children.

They should be encouraged to talk freely about each picture, perhaps recalling their own experiences or possessions and relating them to the illustrations.

Do not hesitate to make any contribution which will encourage conversation.

La argamasa con que Carroll hila todas estas revelaciones culturales, constituye, más que estas mismas, la esencia de su obra y su aportación realmente decisiva a la evolución cultural de su época. A primera vista el lector no aprecia más que un conjunto heterogéneo de elementos: juegos de palabras, intuiciones semánticas, parodias lingüísticas, parodias poéticas... Todo ello tiene, sin embargo, un común denominador, una intención que evidentemente se sobrepone y da carácter homogéneo a toda su obra, tan dispar.

Hay, ante todo, una reacción anti-romántica que sorprende por lo temprano de su fecha. En sus parodias Carroll fulmina el desmelenamiento de aquellos famosos poetas que veían cosas tan sublimes; o el de aquellos otros poetastros moralizantes, plaga de la educación puritana, que debieron su fama a la triste simplificación conformista de la ética de su tiempo que cantan en sus rimas. Pero ya en este primer aspecto de su obra aparece algo de mucha mayor importancia: todos sus disparates y despropósitos asaltan la estructura lógica y conceptual de la realidad desconcertando primero a Alicia, luego al lector sorprendido. Poco a poco, sin él saberlo, porque todo está engarzado con tanto humor amable, la relativización constante del conocimiento y de la expresión van sumiendo al lector en un mundo cuya objetividad desaparece tras una bruma de incertidumbres intelectuales. Volviendo los ojos en sí, se descubren sus mecanismos oníricos y se despierta el mundo oculto, sordo y poderosísimo del propio ser, subjetivo, absurdo..., fascinante.

¿Exagero? ¿No es decir demasiado de lo que al fin de cuentas no es más que un cuento de niños? Algo hay de esto, naturalmente, concedo al lector escéptico. La verdad es que en Carroll más que los resultados concretos de su creación tienen importancia las tendencias que de manera tan clara inició su obra. Muchos son los que le señalan, sin embargo, como notable precursor, incluso como origen de las letras modernas y, más aún, como iniciador de todo el movimiento artístico de nuestros días. Uno de los comentarios más elocuentes en este sen-

tido es el de Cabrera Infante, el autor de Tres tristes tigres, quien afirma, en unas declaraciones a La Quinzaine Littéraire¹ que «más que una referencia hay un homenaje al reverendo Charles Lutwidge Dodgson en mis T.T.T. Pero debiera haber mucho más que eso. Ese modesto clergyman inventó casi él solo toda la literatura de nuestro siglo... y no únicamente en el campo del lenguaje o de la lógica autónoma de las palabras. El diálogo sobre las ventajas didácticas (y políticas) del castigo sin crimen en A través del espejo o esta frase del tirano que es a la vez acusador y juez supremo de Alicia en el País...

«—¡No, no! —gritó la Reina—. ¡Primero la sentencia... el veredicto después!».

... son nociones que es necesario esperar hasta el siglo veinte para ver aparecer bajo forma narrativa y solamente a través del intermediario de Kafka y de sus preciencias totalitarias trágico-cómicas. Sin Lewis Carroll (y sin Swift ni Sterne, ni Mallarmé, pero más aún sin Carroll) no habría habido jamás un James Joyce y sin la lengua bifida del irlandés ni Nabokov ni Gadda ni Queneau ni Cortázar ni Donald Barthelme ni yo mismo podríamos hablar hoy el mismo lenguaje con un acento diferente».

Y la verdad es que aunque la tendencia sólo esté esbozada en Carroll, lo está de una manera tan clara, con tanta intención que no dudo en responder a la pregunta del escéptico diciéndole que no, que no es exageración: por ambas Alicias corre una vena artística clara, con toda la frescura espontánea que tienen las intuiciones geniales y precursoras, que constituye el secreto de su encanto y de su fascinación y que en algunos momentos, especialmente en A la caza del Snark, llega ciertamente a la altura del mismo Joyce.

Por eso me irrita tanto la irrelevancia de esos artículos y análisis eruditos de Alicia en los que se quiere atribuir todo al carácter del reverendo Dodgson, empleando ciertas interpretaciones psicoanalíticas, de dudosa au-

LIBROS. Los libros antiguos son para los autores; los nuevos para los lectores.—*Montesquieu.*

LIGEREZA. La expresión más agradable y más artística de la fuerza.—*J. Benavente.*

LÍNEA QUEBRADA. Una recta en estado de embriaguez.—*Toddi.*

LITERATAS. Profesión que adoptan algunas mujeres empezando siempre por colaborar en una revista de modas, lo que, si no tienen talento literario, las permite, al menos, dedicarse a modistas.—*M. Martín de la Garde.*

LITERATURA. No nos hagamos ilusiones. La literatura no es, como creen muchos, una cosa tan grande y tan bella como el mar o como el cielo; a lo menos, la literatura que hace todo el mundo. Es una mala manera de ganarse la vida, y nada más. Irse al mar o la montaña, a un lago o a un bosque, escoger cuidadosamente cielos azules y crepúsculos aéreos para luego sacar de todo ello tres cuartos de columna del cuerpo nueve... No.—*J. Camba.*

— El arte de condimentar las ideas — *Félix Herce.*

LOBO. «No soy más que un perro que siempre tiene un poco de rabia y un mucho de

hambre... Un perro analfabeto... Un perro no adulterado por estéril estudio de ese libro que se llama «El hombre».—*A. Hernández Catá.*

— «¡ Qué cruel ! ¡ Con qué furor despedaza ! » No lo creo. El lobo no desgarrar con odio ; el lobo sólo odia su propia hambre.—*L. Lakatos.*

— El mejor sistema para cazar un lobo es disfrazarse de Caperucita Roja. El lobo, acordándose de la famosa fábula, se aproxima. Y cuando el lobo abre la boca, el cazador, disfrazado de Caperucita Roja, introduce en las fauces del animal un pedazo de pan con estrignina.—*G. Timmory.*

LOCIONES. Líquidos a base de alcohol y esencias que nos colocan a la fuerza los pezuqueros. — *Félix Herce.*

LOCO. Loco no es el que ha perdido la razón, sino el que únicamente se ha quedado con ella.—*G. K. Chesterton.*

LOCURA. La razón arrancada de sus raigambres vitales, la razón que opera en el vacío.—*G. K. Chesterton.*

— Los hombres son tan necesariamente locos, que sería loco, con otra clase de locura, no ser loco.—*B. Pascal.*

La recomendación de «leer mucho de muchos» parece la más acertada; pero es lógico que la experiencia de cada cual le puede sugerir lo que es en cada caso más prudente. Caer de su peso que no está el toque en comer mucho sino en alimentarse bien, y todo el mundo sabe (aunque no lea) que lo bueno abunda poco.

LIBROS SIN LECTOR

Es cierto que resulta penoso contemplar en algunas casas los libros del abuelo o bisabuelo, o del lejano pariente que dejó fama de sabio, tratados con una mezcla de respeto despectivo y de ignorancia supersticiosa sin que nadie se acerque a hojearlos. Y también da dolor imaginar la escasa vida que se permite a los libros que, por valiosos, permanecen en el armario de las siete llaves, o como congelados en la caja fuerte de un banco. No son propiamente bibliotecas (aunque etimológicamente esta palabra significa «caja para libros»). Como una medicina milagrosa sin aplicar son los libros que sólo constituyen un elemento decorativo en la habitación de estar o de recibir a las visitas.

A muchos les puede producir irritación el que alguien con posibilidades adquiera libros por compra, o los heredados, y sin embargo, por su educación, profesión o condición humana no se aproveche de ellos intelectualmente en la medida que se tiene por exigible. Difícil cuestión, en la que no falta algún tinte de fariseísmo.

La viuda y los hijos de un artista o de un hombre de ciencia —y aun él mismo en sus años de declinación— ¿tienen obligación de ponerse en condiciones de aprovechar la biblioteca reunida por el causante? ¿Han de ceder la colección, sin más, de no cumplir aquélla? ¿Y a quién? Porque no cualquiera puede considerarse merecedor; muchos del mismo nivel que el fallecido tienen ya libros similares, y además su actividad puede seguir una orientación precisa que no coincida con la que da ambiente a la colección ajena. Y las bibliotecas públicas (aparte de que también ha de ser difícil a veces escoger cuál se considere justamente la

más idónea) poseen acaso duplicados los libros del aludido; y son asimismo, no pocas veces, pozos de ciencia donde ésta perece de inanición por falta de lectores que la vivifiquen usándola.

Aparte de la gente absolutamente alejada del mundo de los libros, hay quienes los poseen por herencia patrimonial o los adquieren como capital de inversión, pero no los utilizan culturalmente; y quienes ocupándose en ejercicios del espíritu leen en bibliotecas ajenas, aunque por escasez de medios —dinero, local— o por aberración, no compran ni conservan libros. En fin, quedan los que lo hacen bien: adquieren, conservan y leen.

Cada postura tiene su explicación y en cualquier conducta hay elementos para justificarla. Puede parecer extraño que un viticultor sea abstemio pero, sobre que se da realmente tal caso, a nadie se le puede ocurrir que lo normal sea que un sólo beba vino sino que se beba todo el vino. Acaso un jugador de bolsa no sabe gastar, con la alegría con que un pobre piensa que lo haría él, el dinero que adquiere en sus operaciones felices. De modo semejante a como se disculpa que haya propietarios de terrenos que no los han visitado y ni saben localizarlos —sobre todo, aunque fuera de otra manera, no lo están haciendo a diario— hay que ser comprensivo con quienes poseen libros valiosos por calidad o cantidad o las dos cosas, pero no los conocen por dentro, no les sacan beneficio espiritual.

La virtud de los libros no puede estar y no está constantemente actuante; el libro sin el lector no es nada, pero el lector tampoco está permanentemente dando vida a la obra literaria o científica. Como ocurre cuando se convive con joyas de la arquitectura o escultura o con prodigiosos paisajes de aprecio universal, en las ciudades que los poseen, sin repetir cotidianamente el éxtasis que experimenta la primera vez que los ve el que tiene preparada su sensibilidad para gozar de unas u otros.

Un primer impulso nos podría llevar a arrebatarse los libros a quienes se diría que no merecen ser sus propietarios, porque no saben lo que tienen. Pero obsérvese que va contra la libertad pretender expulsar de la sala de un concierto

Wigny dice: "El hombre honrado—en el sentido que los siglos XVII y XVIII han dado a esta bella palabra—se distingue no sólo por la cortesía de sus maneras, la firmeza de su carácter y la agudeza de su ingenio, sino también por una auténtica y amplia información. Si no profundiza en nada se interesa por todo. Fontenelle hablaba con la marquesa con elegancia, pero también con competencia sobre la pluralidad de los mundos. Este ideal de cultura y cortesía se conserva vivo hoy. Pero, ¡qué difícil es conseguirlo, sobre todo con referencia a la variedad y extensión de conocimientos! Las ciencias se han multiplicado, recargadas con toda una técnica difícil. No nos sería posible disertar sobre la relatividad de Einstein como lo hacía Fontenelle sobre el sistema de Copérnico. ¿Resultado? Cada uno se encierra en su especialidad. Se tiene un oficio y esto se nota hasta en la conversación... Más que nunca es necesario el espíritu de síntesis. El hombre capaz, indispensable, es aquel que, profundizando concienzudamente en su especialidad, ha captado la importancia de las ideas claras, de la exposición precisa y del raciocinio riguroso, y que, además, está suficientemente informado sobre otras disciplinas para saber por lo menos cómo se plantean los problemas y poder comprender a los especialistas que los explican."

Al hombre culto le conviene también completar sus lecturas con revistas periódicas de altura, como *Realités*, *Plaisir de France*, *La Table Ronde*, *Esprit*, *Revue General Belge*, *Synthèse*, *Vie et Langage*, *Techniques Nouvelles*. Y las de lengua inglesa: *Encounter*, *Harper Ma-*

gazine, Times literary supplement. Las revistas tienen una doble ventaja: invitar periódicamente a la lectura y permitir estar al día.

Avancemos más en la técnica de una lectura provechosa. La experiencia aconseja anotar con lápiz, en la última página en blanco del libro, los pasajes más interesantes o que tienen relación directa con el fin de esta lectura orientada. Cada anotación se hará con pocas palabras y mencionará, al fin de cada línea, la página del pasaje seleccionado. Esto permitirá encontrar fácilmente el punto deseado y, sobre todo, mantener el espíritu en estado de "cabeza investigadora" a lo largo de toda la lectura.

Es esencial leer *teniendo una cuestión subyacente en el pensamiento*. Entonces surgen gran número de ideas, alertadas de modo curioso por la preocupación clave. Hay que saber detenerse sobre una idea, introducido el dedo entre las páginas del libro medio cerrado en la página donde se estaba leyendo, para que refluían al espíritu todas las resonancias del pensamiento.

Cuando uno se orienta hacia una cuestión interesante, todo lo que se lee, incluso lo que parece más distante del asunto, aporta ideas inesperadas al imán de la atención latente. La lectura se convierte así en investigación apasionada y en estimulante intelectual.

La costumbre de estar al acecho en la dirección elegida y captar informaciones conscientes e inconscientes tiene la ventaja de evitar la pasividad y la distracción.

Nuestra civilización de la imagen impresa, cinematografiada y televisada, nos hurta el há-

blan de una escalera sin peldaños que casi los mató; hablan de galerías y de escaleras con el bibliotecario; alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.

A la desafortunada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva. La certidumbre de que algún anaquel en algún hexágono encerraba libros preciosos y de que esos libros preciosos eran inaccesibles, pareció casi intolerable. Una secta blasfema sugirió que cesaran las buscas y que todos los hombres barajaran letras y símbolos, hasta construir, mediante un improbable don del azar, esos libros canónicos. Las autoridades se vieron obligadas a promulgar órdenes severas. La secta desapareció, pero en mi niñez he visto hombres viejos que largamente se ocultaban en las letrinas, con unos discos de metal en un cubilete prohibido, y débilmente remedaban el divino desorden.

Otros, inversamente, creyeron que lo primordial era eliminar las obras inútiles. Invadían los hexágonos, exhibían credenciales no siempre falsas, hojeaban con fastidio un volumen y condenaban anaqueles enteros: a su furor higiénico, ascético, se debe la insensata perdición de millones de libros. Su nombre es execrado, pero quienes deploran los «tesoros» que su frenesí destruyó, negligentes hechos notorios. Uno: la Biblioteca es tan enorme que toda reducción de origen humano resulta infinitesimal. Otro: cada ejemplar único, irremplazable, pero (como la Biblioteca es total) hay siempre varios centenares de miles de facsímiles imperfectos: de obras que no difieren sino por una letra o por una coma. Contra la opinión general, me atrevo a suponer que las consecuencias de las depredaciones cometidas por los

Purificadores, han sido exageradas por el horror que esos fanáticos provocaron. Los urgía el delirio de conquistar los libros del Hexágono Carmesí: libros de formato menor que los naturales; omnipotentes, ilustrados y mágicos.

También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del Hombre del Libro. En algún anaquel de algún hexágono (razonaron los hombres) debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto *de todos los demás*: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese funcionario remoto. Muchos peregrinaron en busca de Él. Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar el venerado hexágono secreto que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: Para localizar el libro A, consultar previamente un libro B que indique el sitio de A; para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito... En aventuras de ésas, he prodigado y consumado mis años. No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total¹; ruego a los dioses ignorados que un hombre —¡uno solo, aunque sea, hace miles de años!— lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme biblioteca se justifique.

¹ Lo repito: basta que un libro sea posible para que exista. Sólo está excluido lo imposible. Por ejemplo: ningún libro es también una escalera, aunque sin duda hay libros que discuten y niegan y demuestran esa posibilidad y otros cuya estructura corresponde a la de una escalera.



Los que por su profesión tienen que escribir mucho dan gran importancia a la posesión de una gran superficie en su mesa de trabajo, así como a una gran extensión de librerías y de armarios y al posible aislamiento de la estancia. En la pared del grabado se puede graduar la altura de las librerías que constituyen el cuerpo superior, mediante los pies derechos de latón que descansan sobre las cómodas que forman el cuerpo inferior. Una solución que permite acoplar el mueble a cualquier altura de habitación.

rando que cada una de estas funciones quede como deslindada de las demás, separándolas con divisiones más aparentes que reales. Estas separaciones estarán constituidas por muebles que puedan desplazarse (sillones, estanterías, librerías y muebles bajos). Otras veces este deslindamiento se logra gracias a alfombras cuyos bordes significan los límites de cada ambiente. Por este motivo se comprenderán las razones por las que no es aconsejable poner una alfombra atravesada al sesgo en una habitación. El espacio aparente que señalara entraría en conflicto con la forma cúbica de la pieza. No únicamente queda entonces perturbada la belleza de la misma, sino que podemos afirmar que tal disposición es «horrible», por no decir «curioso». Por el mismo motivo hay que tener mucho cuidado en la disposición oblicua de los muebles.

Pero aún queda otra manera posible de ordenar los muebles en una sala de estar. Consiste en tomar como base un mueble y ordenar los demás a partir de él. Por ejemplo: se coloca en medio de la habitación el escritorio y a su dorso el sofá. Entre ambos se habrá levantado una pared invisible que limitará cada ambiente, «pared» a partir de la cual se dispondrán los muebles que correspondan a cada zona. (Hay que tener en cuenta, naturalmente, que esta «pared» se halle en el

sitio que armónicamente le corresponda en relación con las cuatro paredes reales de la habitación que limitan todo el conjunto.) Los grupos de muebles correspondientes a cada zona ambiental no sólo pueden «darse la espalda», sino que también pueden «encararse».



El tablero situado junto a la ventana acaba convirtiéndose en un estante más de la librería situada al fondo, ofreciendo mucho más sitio del que puede parecer a primera vista, sin por ello restar espacio y destruir el efecto decorativo de esta habitación con chimenea.

Los libros se empolvan lo mismo en una librería con puertas que en las estanterías al aire libre; lo único que ocurre es que en aquéllas se les limpia menos el polvo. Los libros colocados en estanterías invitan a ser tomados y leídos; son algo vivo y no enterrado dentro de armarios. Los estantes tienen además la ventaja de ahorrar espacio, pues no son propiamente un mueble, ya que forman parte de la pared y se pueden disponer de muy distintas maneras, o así debiera ser por lo menos. Efectivamente, la actual preferencia por las estanterías a manera de elemento divisorio entre dos ambientes de una misma pieza, define más que nada el carácter de esta clase de muebles. En ninguna sala de estar debieran faltar las estanterías de libros. Los alegres lomos de los libros, el desordenado orden de diferentes tamaños y formatos, los libros inclinados y los diferentes gruesos tienen un valor decorativo además del suyo propio. Parece como si la atmósfera espiritual del mundo de las letras, del saber, del pensamiento y de los sueños se infunda en la habitación. Una vivienda con libros alberga seres que piensan y no seres que únicamente vegetan. Los

28

Henri FOCILLON

El año mil

Trad. del francés: Consuelo Berges

Agotado

29

José de ESPRONCEDA

El Diablo mundo. El estudiante de Salamanca. Poesía

Edición y prólogo de Jaime Gil de Biedma

30

Jean ROSTAND

El hombre

Trad. del francés: Agustín Maravall

31

Julián MARIAS

Meditaciones sobre la sociedad española

Agotado

32

Gaston BACHELARD

Psicoanálisis del fuego

Trad. del francés: Ramón G. Redondo

Agotado

33

Marcel PROUST

*En busca del tiempo perdido**2. A la sombra de las muchachas en flor*

Trad. del francés: Pedro Salinas

34-35-36

Sigmund FREUD

La interpretación de los sueños

Trad. del alemán: L. López-Ballesteros

37

Eugen FINK

La filosofía de Nietzsche

Trad. del alemán: A. Sánchez Pascual

Reeditado en «Alianza Universidad»

38

Luigi PIRANDELLO

El difunto Matías Pascal

Trad. del italiano: R. Caninos Assens

39

ALAIN

Sobre la felicidad

Trad. del francés: D. Sánchez de Aleu

Agotado

40

Marcel PROUST

*En busca del tiempo perdido**3. El mundo de Guermantes*

Traducción del francés: P. Salinas y

J. M. Quiroga Pla

41

Sigmund FREUD

Tótem y Tabú

Trad. del alemán: L. López-Ballesteros

42

Emilia PARDO BAZÁN

*Los Pazos de Ulloa***43**

S. H. HOLLINGDALE y G. C. TOOTILL

Computadores electrónicos

Traducción del inglés: L. García

Llorente

44

Hermann HESSE

El lobo estepario

Trad. del alemán: Manuel Manzanares

45

Albert OLLIVIER

La Comuna

Trad. del francés: P. de Azcárate Diz

46

Miguel de FERDINANDY

Historia de Hungría

Trad. del alemán: M.ª de Ferdinandy

47

Raymond FURON
El agua en el mundo
Trad. del francés: E. Díez Felipe
Agotado

48

SCIENTIFIC AMERICAN
La ciudad
Trad. del inglés: G. Gayà Nicolau

49

Antonio PEÑA Y GOÑI
España, desde la ópera a la zarzuela
Edición y prólogo de Eduardo Rincón

50

Pío BAROJA
El Arbol de la Ciencia

51

Joaquín COSTA
Oligarquía y caciquismo
Coleccionismo agrario y otros escritos
Edición y prólogo de Rafael Pérez de la Dehesa

52

Isabel COLEGATE
Estatuas en un jardín
Trad. del inglés: D. Sánchez de Aleu

53

Pedro LAÍN ENTRALGO
Entre nosotros
(Comedia dramática)
Agotado

54

Sir M. BURNET
Historia de las enfermedades infecciosas
Trad. del inglés: M.* Soledad García
Reeditado en «Alianza Universidad»

55

Renate MAYNTZ
Sociología de la organización
Trad. del alemán: José Díez García
Reeditado en «Alianza Universidad»

56

JENDFONTE
Recuerdos de Sócrates
Apología o Defensa ante el jurado
Símpoio o El convite
Trad., prólogo y notas de Agustín García Calvo
Agotado

57

Mijail A. BULGAKOV
Novela teatral
Trad. del ruso: José Laín

58-59

Dmitri CHIZHEVSKI
Historia del espíritu ruso
1. *La Santa Rusia (siglo X-XVII)*
2. *Rusia entre Oriente y Occidente*
Trad. del alemán: P. Vázquez de Castro
Agotado

60

Miguel DELIBES
La partida

61

Ramón PÉREZ DE AYALA
Escritos políticos
Militarismo, dictadura, monarquía
Presentación de Paulino Garagorri

62

Sigmund FREUD
Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis
Trad. del alemán: L. López-Ballesteros

zó a mostrarme sus libros, de ciencia casi todos: obras de Buckle, Lyell, Gartpol Lecky, Lubbock, Taylor, Mill, Spencer, Darwin; y entre los rusos, de Pisariev, Dobroliúbov, Chernishevski, Pushkin, *La fragata Palada* de Goncharov, Nekrásov.

Los acarició pasándoles la ancha mano, como si fueran gatitos, y barbotó, casi con ternura:

—¡Buenos libros! Y éste es un rarísimo ejemplar, los demás los quemó la censura. Si quiere saber lo que es el Estado, ¡lea esto!

Me tendió el *Leviatán*, de Hobbes.

—Este otro trata también del Estado, ¡pero es más ameno y alegre!

El libro alegre resultó ser *El Príncipe*, de Maquiavelo.

Mientras tomábamos el té, me habló brevemente de su vida: era hijo de un herrero de Chernígov, había trabajado de engrasador en la estación de Kiev, donde había entablado conocimiento con unos revolucionarios; organizó un círculo de estudios para los obreros, lo detuvieron, estuvo unos dos años en la cárcel y luego lo desterraron, durante diez años, a la región de Yakutsk.

—Al principio, viví en aquellas tierras con los yakutos en un *ulús*; * pensaba: pereceré. El invierno allí, ¡mal diablo se lo lleve!, es tan crudo, ¿sabe usted?, que al hombre se le enfrían hasta los sesos. Aunque en aquellos lugares la razón no sirve para nada. Después veo que, unas veces aquí, otras allí, van apareciendo rusos; no estaban muy cerca los unos de los otros, ¡pero los había! Y para que no se aburrieran solos, les mandaban solícitos otros nuevos. Había buena gente. Etaba allí el estudiante Vladimir Korolenko, ahora ha regresado también. Viví

* Campamentos de nómadas. (N. del T.)

bien una temporada con él; luego, nos separamos. Resultó que éramos muy parecidos el uno al otro, y la mucha semejanza no es buena para la amistad. Sin embargo, es un hombre serio, lleno de tesón, capaz para cualquier trabajo. Hasta pintaba iconos; aquello no me gustaba. Ahora, según dicen, escribe bien en las revistas.

Largo rato, hasta la medianoche, estuvo departiendo conmigo, deseando por lo visto ponerme al momento, con firmeza, a su mismo nivel. Era la primera vez que yo me sentía verdaderamente a gusto con una persona. Después de mi intento de suicidio, el concepto que tenía de mí mismo era muy bajo, me sentía mísero, como culpable ante alguien, y me daba vergüenza vivir. Romás debía darse cuenta de ello, y con sencillez, de un modo humano, me abrió las puertas de la vida, me levantó. Memorable día.

El domingo abrimos la tienda después de la misa, y, al instante, a nuestra terracilla empezaron a acudir los mujiks. El primero que se presentó fue Matvéi Bárinov, hombre sucio, con el pelo alborotado, de largos brazos de orangután y una mirada ausente en los bellos ojos, como de mujer.

—¿Qué se dice por la ciudad? —preguntó, después de saludarnos y, sin aguardar la respuesta, gritó a Kukushkin, que venía—: ¡Stepán! ¡Tus gatos se me han comido otra vez el gallo!

E inmediatamente contó que el gobernador había salido de Kazán para Petersburgo, a fin de ver al zar y pedirle que todos los tártaros fueran desterrados al Cáucaso y al Turkeistán. Y elogió al gobernador:

—Es listo. Sabe lo que se trae entre manos...

—Todo eso te lo has inventado tú —indicó Romás, tranquilo.

—¿Yo? ¿Cuándo?



Estudiantes visitan a la famosa escritora
Ding Ling.





Posgraduados de la facultad de química que acababan de optar al grado de maestría.

LA FELICIDAD (LITERARIA) CONYUGAL

Por una de esas cosas misteriosas de la vida, los poderes públicos parecen empeñados ahora en que los recién casados se pongan a leer libros. Probablemente se trata de un nuevo y sibilino método de control de la natalidad. Antes que procrear, cualquier cosa, incluso leer.

El caso es que el ministro francés de Educación Nacional, cuando uno lo creía más preocupado por los problemas de la Universidad, se descuelga con esta idea desconcertante: el Ministerio va a regalar un montón de libros a todos los futuros recién casados del país. Como además los franceses son tan rabiosamente intelectuales, el ministro ya se imagina sin duda a la feliz pareja, en su noche de bodas, entrando gravemente en la habitación conyugal cada uno con su libro bajo el brazo, para sentarse en silencio en la cama, encender las respectivas lámparas de cabecera y... hala, ¡a leer!

Aquí ha preocupado un poco la circunstancia de que uno de los libros que regala el ministro sea «Madame Bovary». Nadie ha comprendido muy bien qué es lo que ha pretendido el ministro al poner la adúltera heroína de Flaubert en la mesilla de noche de una recién casada. Compréndase que es una lectura que sugiere interesantes ideas sobre el adulterio femenino, que, como se sabe, es el malo. Si a esto se añade que en el lote cultural del regalo de bodas figura un libro un poco turbulento de Victor Hugo y no sé si otro de Zola, se explica que las autoridades municipales de algunos pueblos y ciudades de Francia se hayan apresurado a contrarrestar los temidos efectos de la decisión ministerial regalando a los recién casados otro paquete de libros, pero más ortodoxos y más acordes a las buenas costumbres.

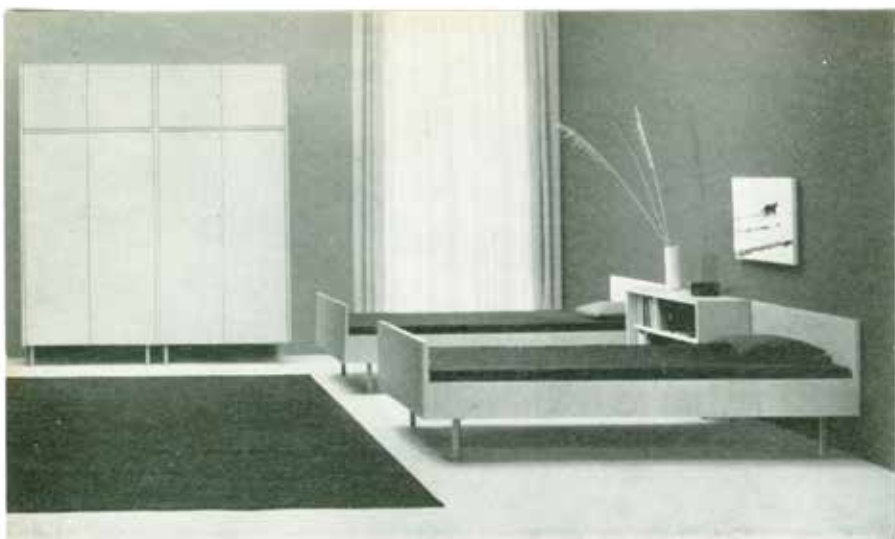
Lo malo es que entre unos y otros, entre el poder central y los poderes locales, están atiborrando de libros a los recién casados, que, por cierto, no habían manifestado una necesidad urgente, absoluta y lacerante, de leer. En fin, quiero decir que en principio no veo por qué van a tener una propensión a la lectura superior a la de las otras capas de la población. Más lógico parecería que el Ministerio regalase libros a los ancianitos jubilados, o incluso, ya en plan generoso, a los casados que ya han pasado el primer tiempo del match matrimonial y están en la segunda parte del partido. O en la prórroga. Pero al llegar a estos delicados momentos no son libros lo que hay que regalarles, sino la televisión, que es el mejor artefacto que ha inventado la sociedad para mantener unido a un hogar. Yo conozco a un matrimonio que salía a bronca diaria antes de comprar la televisión. Estaban a punto de separarse. Pero compraron la televisión en el año sesenta, y así, gracias a tan ingenioso procedimiento, hace doce años que no se dirigen la palabra, reinando desde entonces la más perfecta armonía en el hogar. Sólo una noche los vecinos oyeron una voz enérgica y autoritaria que venía de aquella casa. Pero era «Ironsides».



ESTANTERIAS POR ELEMENTOS

Combinando varios elementos independientes se montan infinidad de estanterías aptas para colocar los libros, las chucherías, el tocadiscos, la radio y el televisor. Y hasta hay sitio para un escritorio o un mueble bar





El armario de este dormitorio es de dos cuerpos. Se ha formado mediante la simple unión de dos armarios pequeños. Otra ventaja moderna

EL DORMITORIO

Este moderno tocador está constituido por dos pequeños armarios, una mesita baja y un sencillo espejo



—¡Mi único lujo! —exclama Michel.

Una atmósfera de cámara mortuoria flota en la habitación. En la pared, únicamente un mapa de España. En el techo, una enorme mancha de humedad.

—Es bonita, ¿verdad? Apareció ahí un día de tormenta. La cama quedó empapada.

Dominique se sienta sobre la estrecha cama. (¿Dónde iba a sentarse, de lo contrario, si la silla está ocupada por un montón de revistas?)

—¿Qué es esa cuerda?

Señala con el dedo una cuerda, gruesa como el índice, que está enrollada sobre la cómoda.

—La que me servirá para lo que hablábamos hace un rato. ¡La cuerda con la que un día me ahorcaré!

—¡Ah! ¿Vas a hacerlo pronto?

—¡Tengo tiempo para ello! Toma, aquí tienes un pijama.

Sin vacilar, Dominique se despoja de la falda. Michel tiene bastante más pudor. Se cubre con la bata para quitarse los calzoncillos.

En la cama, están muy estrechos. Sentado, con la espalda apoyada en la pared, Michel hojea el periódico. Echada cuan larga es, casi suspendida en el vacío, Dominique lee una novela policíaca.

—¿Empiezas por el final? —observa Michel.

—Siempre.

—¿Por qué?

—¿Tú no lo haces? Me leo el último capítulo. Si termina bien, la empiezo.

—¿Y si acaba mal?

—Entonces la leo al revés. Voy ascendiendo de capítulo en capítulo hasta llegar al principio. Así, me voy alejando de la catástrofe.

—Es un punto de vista —gruñe, concentrándose de nuevo en la lectura del periódico.

Una cañería gime.

—¿No estudias por la noche? —inquire ella.

—No estudio nunca, en la vida.

—Sin embargo, eres estudiante.

—Yo me estudio a mí mismo o estudio a los demás.

—¿Me estudias a mí?

No responde. Ella se hunde bajo las sábanas, que la cubren hasta la nariz, y deja caer la novela al suelo.

—¡Es curioso! Contigo no me aburro nada.

—Un día, estallará todo en Africa del Sur y todo el mundo se preguntará a qué se debe —afirma él—. Hay diez millones de zulúes, ¿te das cuenta? Claro que a ti te da lo mismo.

—Sí, pero sigue.

—A mí, lo que me revienta es la unificación de Alemania, que tendrá lugar hacia el 64 ó 65. Mientras espero, duermo.

Se inclina sobre ella y la besa.

—Buenas noches.

Se hunde él también bajo las sábanas, lo que hace que estén casi uno sobre el otro.

—Esto no es una cama, ¡es un sillón!

Michel ha apagado la lámpara de la cabecera. Al cabo de un largo rato, murmura:

—Tu contacto es agradable, ¿sabes? ¿Quieres...?

Dominique no responde.

Michel gruñe.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Tienes miedo? ¿Lo has hecho ya, por lo menos?

Con acritud, la voz varonil repite:

—¿No lo has hecho nunca?

—No.

—Pero, entonces, ¿qué historias me has contado? Me habías dicho que dabas escándalos en Rennes.

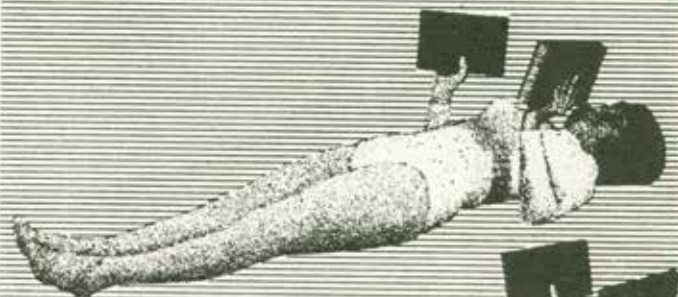


Fig. 41

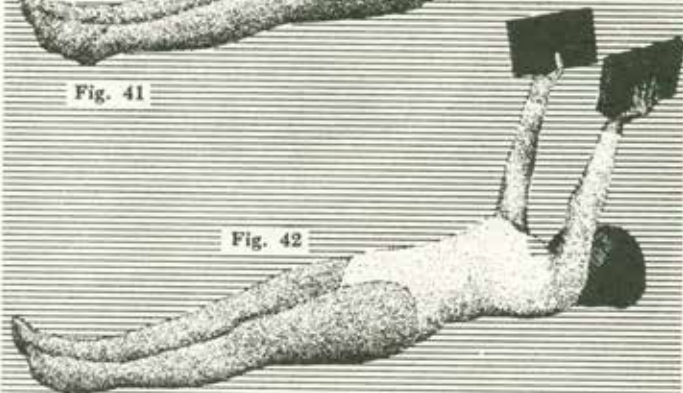


Fig. 42

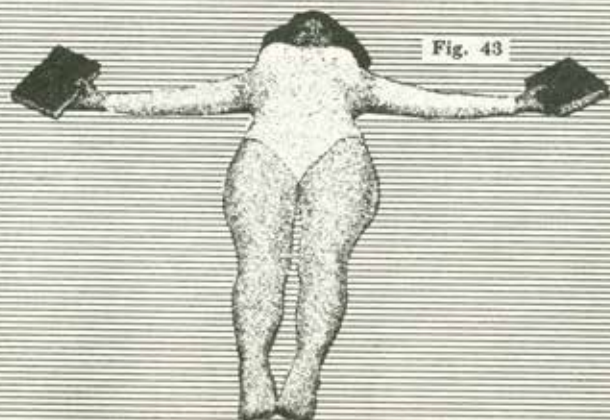


Fig. 43



Fig. 44

Tono y firmeza con pesos (continuación) Este ejercicio ayuda a dar firmeza al busto y a los músculos del tórax y reduce la debilidad de la parte superior del busto. Realizándolo de modo lento desarrollará gradualmente estos músculos; si se realiza en forma rápida se logrará simplemente un mayor tono y firmeza.

Arqueamiento con libro Con un libro en cada mano, elevar lateralmente los brazos hasta el nivel del hombro. Inspirar y, arqueando la espalda con la cabeza hacia arriba y levantando el pecho, impulsar los libros uno hacia otro por detrás de la espalda hasta conseguir que se toquen (fig. 46). Dejar los músculos contraídos por espacio de diez segundos, volver a la posición de partida y relajarse.

llegaría a ser algún día, éste meditaba con particular atención sobre tan importante problema.

Aún estaba indeciso entre ser Príncipe de los poetas o Emperador de los soldados.

Ambas profesiones tenían su lado bueno.

¿Príncipe de los poetas? Hmm, podría ser, después de todo. Su parentela no hubiera tenido nada que objetar. Ya había escrito poemas maravillosos. Su talento estaba demostrado. Su espléndido poema «El amor» era todo un paradigma clásico. Ya la copla final

*Amor divino y glorioso,
que surges del corazón,
con tu impulso tan hermoso,
vences del dolor la acción.*

se hallaba por encima de toda crítica. La excelencia de otro de sus poemas quedaba demostrada por su publicación en uno de los últimos números de la revista «Gartenlaube». De modo, pues, que Príncipe de los poetas era una posibilidad a tener en cuenta.

N.º 2: Emperador de los soldados tampoco estaría mal.

Claro que el talentoso joven no hubiera aceptado nada *por debajo* de un imperio franco-español. ¡Ni hablar! Además, conquistarlo era muy fácil. Bastaba con entablar amistad íntima con el ex rey de Portugal, volver con éste a España y, después de asesinarlo, hacerse proclamar emperador. ¡Sencilísimo! ¿Verdad? Tempranamente había puesto ya de manifiesto sus dotes militares.

Emperador de los soldados tampoco era, pues, una opción despreciable.

Y así, el pobre y talentosísimo joven vacilaba entre dos profesiones. Pues ambas tenían también sus desventajas. El Príncipe de los poetas tenía que saber componer algún poema, por desgracia. Y el Emperador de los soldados tenía que empezar por buscar a ese rey necio al que quería destronar.

Estuvo mucho tiempo indeciso.

Hasta que por fin decidió ser dependiente en un gran almacén. Y lo fue. Pues lo que se proponía, lo llevaba siempre a cabo. Y era feliz entre las latas de arenques y las cajas de sombreros.

Su ideal ahora era convertirse en Rey de la bolsa. ¡Pero en uno que pudiera llamar pordioseros a los Rothschild! Y entonces, por esa época, cuando él tenía exactamente quince años, se produjo un acontecimiento. El talentoso joven se enamoró. La primera consecuencia de ello fue que el dependiente de comercio, alias Príncipe de los poetas, tocado por un Eros ávido de rosas, parió un poema..., un poema... ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué clase de poema? Pues una gran obra, una revelación. Comprendía veinte estrofas y llenaba un cuadernillo íntegro. Cada estrofa tenía diez versos, cada verso, doce palabras... Algo colosal. ¡Titánicamente grandioso!

Pero no fue sino el primero. En el segundo juró convertir en su esposa a «la bella de los ojos negros». Lo juró al nocturno y misterioso resplandor de una vela, y por su barba. Y al hacerlo cogió entre sus dedos los dos pelillos de un centímetro de largo que constituían su barba, uno de los cuales, por desgracia, se desprendió. Y ahí empezó la cosa. Se puso de manifiesto que nuestro querido Príncipe de los poetas tenía un pequeño fallo. Era tímido. Siempre que se encontraba con su futura esposa, la esquivaba, temeroso, dando un gran rodeo.

Y así pasaron meses, años y decenios. Siglos... Bueno, he ido demasiado lejos. Transcurrieron sólo dos meses. Y un día —estaba lloviendo— la vio del brazo de otro. Aquella tarde no supo cómo volvió a su casa. Solo, abandonado por Dios y por los hombres, se echó a llorar en su solitario cuartito.

Que los hombres serios lloren es mala señal...

Pero luego se mesó la barba, es decir, tiró del último pelo que le quedaba en la barbilla. Y se puso melancólico. Se pasaba días enteros absorto en sombrías cavilaciones, meditando tras las latas de arenques. Meditaba sobre un problema: *un extraño problema*. Era el siguiente:

Su supuesta desgracia le valió al fin un hermano abnegado en la persona de su amigo Rateau. Los padres de éste invitaban a menudo al pequeño compañero de su hijo, porque se compadecían de su infortunio. Sus apiadados discursos inspiraron al joven Rateau, vigoroso y deportivo, el deseo de tomar bajo su protección al niño, cuyos éxitos, indolentemente obtenidos, él ya admiraba. La admiración y la condescendencia fueron una buena mezcla para formar una amistad que Jonas recibió, como todo lo demás, con una alentadora simplicidad.

Cuando Jonas hubo terminado, sin esfuerzo especial alguno, sus estudios, tuvo todavía la suerte de ingresar en la casa editora de su padre, para encontrar allí una posición y, por vías indirectas, su vocación de pintor. Primer editor de Francia, el padre de Jonas sostenía la opinión de que el libro, más que nunca y precisamente a causa de la crisis de la cultura, tenía un gran futuro.

—La historia muestra —decía— que cuanto menos se lee más se compran libros.

Partiendo de este principio, sólo muy rara vez leía los manuscritos que se le presentaban y únicamente se decidía a publicarlos por la personalidad del autor o la actualidad del tema (desde este punto de vista, siendo el sexo el único tema siempre actual, el editor había terminado por especializarse), de manera que se ocupaba tan sólo de la presentación curiosa de los libros y de la publicidad gratuita. A Jonas le confiaron el departamento de lectura, que le dejaba mucho tiempo libre, al que hubo que buscar empleo. Fue así como encontró su vocación de pintor.

Por primera vez descubrió en él un ardor imprevisto, pero incansable; pronto dedicó días enteros a pintar y, siempre sin esfuerzo, descolló en este ejercicio. No parecía interesarle ninguna otra cosa y apenas si pudo casarse a la edad conveniente: la pintura lo devoraba por entero. A los seres y las circunstancias ordinarias de la vida, sólo les reservaba una sonrisa benévola, que le dispensaba de preocuparse de ellos. Fue necesario un accidente de la motocicleta que conducía Rateau dema-

siado violentamente y llevando a su amigo atrás, para que Jonas, con la mano derecha por fin inmovilizada en un vendaje, aburrido, pudiera interesarse por el amor. También aquí se sintió impulsado a ver en este grave accidente, los benéficos efectos de su buena estrella. Sin ese accidente, nunca habría tenido tiempo de mirar a Louise Poullin como ella se merecía.

Por lo demás, según Rateau, Louise no merecía en modo alguno que se la mirara. Pequeño y robusto él mismo, sólo le gustaban las mujeres grandes.

—No sé lo que encuentras en esa hormiga —decía.

Louise, en efecto, era bajita, oscura de piel, de pelo y de ojos; pero bien hecha y de bonita cara. Jonas, alto y macizo, se enternecía con la hormiga, tanto más porque ella era industriosa. La vocación de Louise era la actividad. Semejante vocación armonizaba felizmente con el gusto que Jonas tenía por la inercia y por sus ventajas. Al principio, Louise se entregó a la literatura, por lo menos mientras creyó que la empresa editorial interesaba a Jonas. Lo leía todo, desordenadamente, y en pocas semanas estuvo en condiciones de hablar de todo. Jonas la admiró y se consideró definitivamente dispensado de leer él mismo, puesto que Louise le daba suficiente información y le permitía conocer lo esencial de los descubrimientos contemporáneos.

—Ya no hay que decir —afirmaba Louise— que tal persona es mala o fea, sino que se pretende mala o fea.

El matiz era importante y con él se corría el riesgo, por lo menos, como lo hizo notar Rateau, de llevar a la condenación al género humano. Pero Louise le cortó la palabra alegando que puesto que tanto la prensa del corazón como las revistas filosóficas sostenían esa verdad, era universal y no podía discutirse.

—Será como usted quiera —dijo Jonas, que se olvidó inmediatamente de este cruel descubrimiento para ponerse a soñar con su buena estrella.

Louise desertó de la literatura cuando comprendió que a Jonas sólo le interesaba la pintura. Se dedicó en seguida a las artes plásticas. Recorrió museos y exposiciones,

Librairie MARCEL DIDIER, 4 et 6, rue de la Sorbonne, PARIS

E. ABRY - C. AUDIC - P. CROUZET

~~~~~

**HISTOIRE  
ILLUSTRÉE  
DE LA  
LITTÉRATURE  
FRANÇAISE**

Un volume de 880 pages, 15 x 21, 512 illustrations  
sous une élégante reliure.

~~~~~

Renseignements sur demande

Librairie MARCEL DIDIER, 4 et 6, rue de la Sorbonne, PARIS

E. ABRY

Inspecteur de l'Académie de Paris.

P. CROUZET

Inspecteur général de l'Instruction Publique.

J. BERNÈS

Professeur au Lycée Henri-IV.

J. LÉGER

Professeur au Lycée de Bordeaux.

Les Grands
Écrivains de France
illustrés

MORCEAUX CHOISIS ET ANALYSES

- Fascicule I. — **Le Moyen Age**, 466 p., 110 ill.
— II. — **Seizième siècle**, 182 p., 120 ill.
— III. — **Dix-septième siècle**, 508 p., 374 ill.
— IV. — **Dix-huitième siècle**, 434 p., 306 ill.
— V. — **Dix-neuvième siècle (1800-1850)**,
460 p., 350 ill.
— VI. — **Dix-neuvième siècle (1850-1900)**,
380 p., 300 ill.

Volumes reliés.

II

En el bar, delante de un café con leche, un editor le explica a un novelista flaquito, con cara de padecer del hígado y quién sabe también si de hemorroides:

—Mire usted, Cirilo, dejémonos de zarandajas y de modernismos. La novela, ¿me escucha usted?

Cirilo se sobresaltó por dentro y puso un gesto casi ruin de estar atendiendo mucho.

—Sí, señor, sí. La novela...

El editor siguió:

—Pues eso. La novela, dejémonos de monsergas y de modernismos, debe constar de los tres elementos tradicionales, clásicos, esenciales. ¿Me entiende usted?

El novelista, por poco, le responde: "Sí, señor, le entiendo a usted la mar de bien; fe, esperanza y caridad." Pero pudo contenerse a tiempo.

—Sí, señor, ya lo creo. ¡Los tres elementos tradicionales, clásicos, esenciales! ¡Je, je!

El editor respiró hondo y continuó.

—¿Quiere usted un cafetito?

—Bueno...

—Oiga, un cafetito para este señor.

El editor miró para Cirilo y Cirilo se compuso unos ojitos de oveja, unos ojitos que querían significar todo su mucho agradecimiento.

—Y esos tres elementos de que le hablo, amigo mío, esos tres elementos tradicionales, clásicos, esenciales, dejémonos de gaitas y de modernismos, son, ¿sabe usted cuáles son?

—Siga, siga...

—Pues son: planteamiento, nudo y desenlace. Sin planteamiento, nudo y desenlace, por más vueltas que usted quiera darle, no hay novela; hay, ¿quiere usted que se lo diga?

-Si, señor, sí.

-Pues no hay nada, para que lo sepa. Hay ; fraude y modernismos!

El pobre Cirilo estaba hundido, anonadado. El editor usaba unos argumentos muy sólidos.

-Y si usted quiere que le encargue una novela, ya sabe: planteamiento, nudo y desenlace. Verbigratia: una joven huérfana trabaja como una negra para poder sacar adelante a sus once hermanitos, que también son huérfanos y están algo delicados. Para darle mayores visos de realidad, podemos decir que trabaja en el Instituto Nacional de Previsión, en la sección de seguros para Madres Lactantes. Bueno. La joven, que se llama, por ejemplo, Esmeralda de Valle-Florido, o Graciella de Prado-Tierno, o algún otro nombre cualquiera, el caso es que sea bello y simbólico, conoce un día, en una cafetería americana, ; hay que ser modernos!, a un joven apuesto, de mirar profundo, que se llama, por ejemplo, Carlos o Alberto. No se le ocurra ponerle Estanislao; comprenda que no hace bien.

-Claro; sí, señor.

-Pues eso. ; Ya casi tenemos el planteamiento! Carlos, que es muy desgraciado, corteja a Esmeralda, que tampoco es feliz, pero Esmeralda le pone una condición: "; Carlos!" "Dime, amor." "; Quitate del vermu!" Carlos se aparta de la bebida y la joven pareja pasa por instantes muy dichosos. ¿Eh, qué tal?

Cirilo estaba entusiasmado.

-; Extraordinario!

El editor sonrió, satisfecho.

-Pues nada, ; para que vea mi afán de colaboración!, si le gusta, ; se lo regalo!

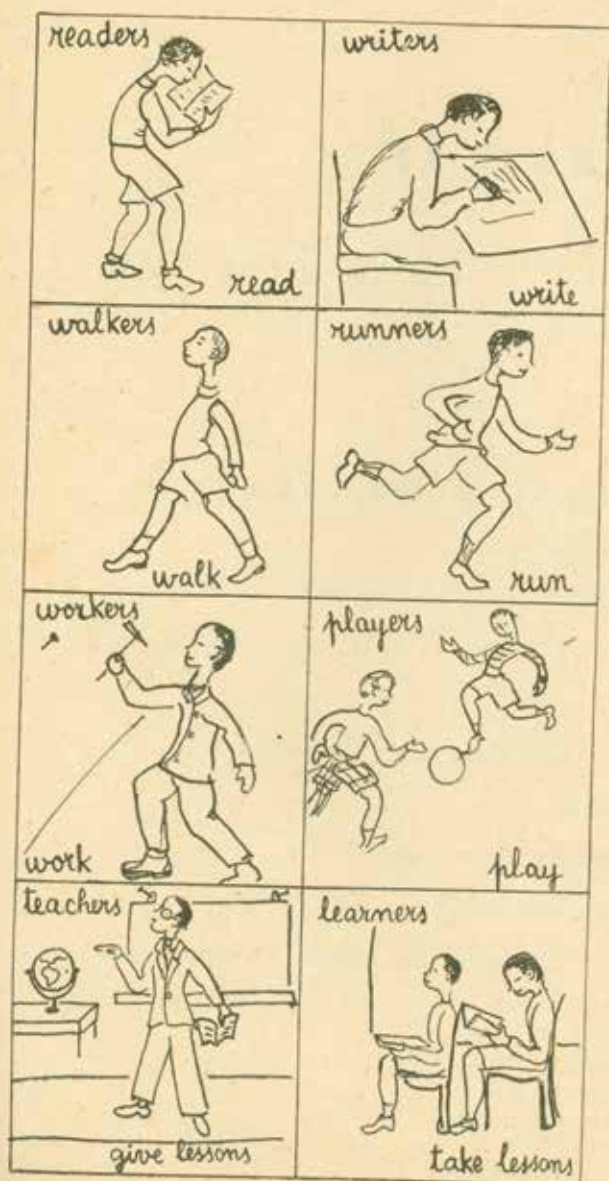
-Gracias, don Serafin, muchas gracias. ; Nunca podré agradecerle bastante todo lo que usted hace por mí!

Don Serafin se esponjó.

-; No hay que darlas! Bueno, vayamos ahora al nudo. Esmeralda, rebosante de dicha, esperó a que su prometido cumpliera años y el regaló un parchis. Carlos, al desempaquetar el parchis, no pudo disimular un hondo gesto de contrariedad. ¿Qué sucedía? ¿Por qué no le había agradado el presente de su amada? ¿Qué misterio encerraba el parchis? ; Ah! ; Ahi, precisamente ahí, estaba el misterio! ¿Le gusta a usted cómo va el argumento?

-; Un horror! Siga usted.

-Pues ya tenemos el nudo. Pasemos ahora al tercero de los elementos tradicionales, clásicos, esenciales: el desenlace. Todo gira alrededor del parchis. ¿Estaba envenenado el parchis? ¿Traía a su mente recuerdos de su mala vida pasada, que hubiera preferido alejar de sí como una horrorífica visión? ; Ah! Lo que sucedía era que Carlos, al ver cómo Esmeralda desen-



This
they
do

To teach & to learn

Teachers teach
(or give lessons).

Learners learn
(or take lessons)

One gives ;
one takes...

Take this book!



When people
give me a thing,
I ought to say,
«Thank you!»

Take it!

It's for you!

Mr. Pym — This is for you. Take it. I give it to you.

Boy — To me? Why?

Mr. Pym — Because I like you. Take it!

Boy — Thank you! But... it is very old. It is an old paper!

Mr. Pym — Yes, very good paper. Take this thing too.

Boy — What's it?

Mr. Pym — A little piece of cloth.

Boy — There is a hole in it.

Mr. Pym — Yes. Old cloth has holes. It's very good. I give it to you.

Boy — Thank you.

Mr. Pym — Give me money.

Boy — Money? What for?!


ciones directas de un objeto específico. El significado de estos ideogramas es puramente convencional. El sacerdote, ante la dificultad de indicar con unos trazados la distinción entre las diversas clases de carneros adoptó, en su lugar, signos convencionales para denotar al carnero musmón, al morueco, al castrado y a las ovejas. Tales signos deben haber sido invenciones deliberadas de sacerdotes individuales. Pero, para tener utilidad, tuvieron que recibir la aprobación de la corporación, o sea, la sanción social.

Precisamente porque las cuentas no eran documentos privados y porque los signos eran algo más que recordatorios para un individuo, el sistema de escritura empleado tuvo que ser convencional. Fue necesario contar con un canon para los signos, establecido y autorizado por la sociedad. Y, efectivamente, se han encontrado, en realidad, tanto relaciones de signos como cuentas pertenecientes a esa época. Todos los administradores debían estar iniciados en la convención. El proceso de iniciación es lo que llamamos aprender a leer y a escribir. (Lo cual consiste, desde luego, en aprender el significado o, más bien dicho, la pronunciación que nuestra sociedad acostumbra atribuir a veintiocho símbolos arbitrarios, y en aprender a representar estos caracteres del modo aprobado por nuestros semejantes.) Deben haber existido, por tanto, escuelas para escribirs. Las relaciones de signos que se han hallado bien pueden haber servido como textos escolares.

Además, como se empleaban los mismos signos en Erech, de Sumer, y en Jemdet Nasr, de Akkad, debe haber habido un intercambio de alumnos y maestros entre las distintas ciudades. El sistema de escritura no era una conveniencia peculiar a la corporación de un templo en particular, sino que era reconocido y estaba autorizado por toda la sociedad sumeria.

Una gran colección de tablillas desenterradas en Shurippak (Fara) ilustran el desenvolvimiento de la escritura sumeria, al iniciarse la época histórica, después del año 3.000 a. C. Estos documentos son, exclusivamente, cuentas de templos y relaciones de signos utilizadas como textos escolares. En el más reciente, los signos se encuentran agrupados por temas; por ejemplo, las diferentes clases de peces se encuentran inscritas consecutivamente. Después de cada signo, se agregó el nombre del funcionario o sacerdote que lo inventó.

Los signos se han hecho enteramente convencionales. Los pictogramas se han simplificado y abreviado tanto que apenas si es posible reconocer, y eso en algunos casos, el objeto indicado. Además, los signos se emplean ahora tanto para representar sonidos como ideas o cosas; han dejado de ser ideogramas, por lo menos en parte, para convertirse

en fonogramas. El signo  significa cabeza bar-

bada y, a la vez, representaba la palabra sumeria *ka*, rostro. Ahora era empleada para denotar la sílaba *ka*, sin ninguna referencia a cabezas o rostros. Haciendo una selección de signos con valor fonético propio, resultó posible deletrear palabras —nombres propios o términos que denotaban conceptos de acciones difícilmente representables por medio de dibujos—. (En la práctica, el signo anterior también debe haber sido usado para expresar las ideas de «hablar», «gritar», «palabra», etc., y los equivalentes sumerios, *dug, gug, enim.*)

Sin embargo, se siguieron usando los signos con un valor ideográfico propio (para denotar cosas o conceptos, en vez de sonidos). Y, aun cuando se deletreaban fonéticamente las palabras, frecuente-

Jubilar	40	Liquidar	40	Llenegar	184
Judaïtzar	40	Litigar	184	Llengotejar	104
Judicar	236	Litografiar	42	Llenyar	40
Jugar	184	Llaçar	54	Llepar	40
Jünyer	172 i 156	Lladrar	40	Llepolejar	104
Junyir	172	Lladreguejar	104	Llescar	236
Juramentar-se	40	Lladronejar	104	Lletrejar	104
Jurar	40	Lladrunyar	40	Lleure	76
Jurcar	236	Llagotejar	104	Llevantejar	104
Justar	40	Llagrimejar	104	Llevar	40
Justejar	104	Llambrar	40	Llibertar	40
Justificar	236	Llambregar	184	Llicenciar	42
Jutjar	104	Llambrejar	104	Lligar	184
Juxtaposar	40	Llambroixar	40	Llimar	40
		Llaminejar	104	Llimutjar	104
Labialitzar	40	Llampar	40	Lliscar	236
Laborar	40	Llampegar	184	Llistar	40
Lacerar	40	Llampeguejar	104	Llitar	40
Lacrar	40	Llampugar	184	Lliurar	40
Laïcitzar	40	Llampurnar	40	Lloar	136
Lamentar	40	Llampurnejar	104	Llofrar	40
Laminar	40	Llançar	54	Llogar	184
Lapidar	40	Llancejar	104	Llorejar	104
Lapidificar	236	Llanejar	104	Llosquejar	104
Lassar	40	Llanguir	172	Llossar	40
Lavar	40	Llarquejar	104	Llostrejar	104
Laxar	40	Llassar-se	40	Llotejar	104
Legalitzar	40	Llastar	40	Llucar	236
Legislar	40	Llastrar	40	Lluentar	40
Legitimar	40	Llatinitzar	40	Lluentejar	104
Lenificar	236	Llaunar	40	Lluertejar	104
Lesionar	40	Llaurar	40	Llufar-se	40
Levigar	184	Llavar	40	Lluir (<i>el sol</i>)	138
Libar	40	Llaviejar	104	Lluir (<i>el vestit</i>)	200
Liberalitzar	40	Llavorar	40	Lluitar	40
Licitar	40	Llefardar	40	Llumejar	104
Lignificar	236	Llegar	184	Llunyejar	104
Limitar	40	Llegir	214	Llustrar	40
Linxar	40	Lleixivar	40	Llustrejar	104
Liquar	162	Llençar	54	Localitzar	40

L

M	Locionar	40	Malferir	214	Manipular	40
	Lubricar	236	Malfiar-se	42	Manlleutar	40
	Lubrificar	236	Malfixar-se	40	Manllevar	40
	Lucrar	40	Malgastar	40	Manotejar	104
	Luxar	40	Maliciar	42	Manquejar	104
			Malignar	40	Mantejar	104
	Macadamitzar	40	Maliquejar	104	Mantenir	166
	Macar	236	Malir	40	Mantornar	40
	Macerar	40	Mal.leabilitzar	40	Manuclar	40
	Maçolar	40	Maimaridar	40	Manuclejar	104
	Maçonar	40	Maimenar	40	Manufacturar	40
	Macular	40	Malmesclar	40	Manxar	40
	Maduixar	40	Malmetre	16	Mapar	40
	Madurar	40	Malmirar	40	Maquillar	40
	Maganyar	40	Malparir	172	Maquinar	40
	Magencar	236	Malparlar	40	Marbrar	40
	Magnetitzar	40	Malpensar	40	Marbrejar	104
	Magnificar	236	Malprendre	24	Marcar	236
	Magolar	40	Malservir	214	Marcejar	104
	Magrejar	104	Maltractar	40	Marcir	172
	Mahometitzar	40	Malvantar	40	Marejar	104
	Malaconsellar	40	Malvendre	140	Marfondir-se	214
	Malacostumar	40	Malversar	40	Marfondre's	64
	Malaltejar	104	Malviure	250	Margar	184
	Malavejar	104	Mamar	40	Maridar	40
Malavesar	40	Mamotejar	104	Marinar	40	
Malaxar	40	Mamprendre	24	Marinejar-se	104	
Malbaratar	40	Mamussar	40	Marradejar	104	
Malcaçar	40	Manar	40	Marranejar	104	
Malcorar	40	Mancar	236	Marrar	40	
Malcriar	42	Mancomunar	40	Marrucar	236	
Maldar	40	Mandrejar	104	Marruquejar	104	
Maldir	90	Mandrinar	40	Martellejar	104	
Maleficiar	42	Manducar	236	Martiritzar	40	
Maleir	200	Maneflejar	104	Marxar	40	
Malejar	104	Manegar	184	Masclejar	104	
Malencertar	40	Manejar	104	Masegar	184	
Malencaminar	40	Manifassejar	104	Massillar	40	
Malentendre	26	Manifestar	40	Massissar	40	
Malfamar	40	Maniobrar	40	Mastegar	184	



FIG. 2-2. Máquina de escribir silenciosa

usualmente se equipa con una cinta Récord. Esta es la clase de cinta que se usa en casi todas las máquinas de los colegios para que practiquen los estudiantes. Cuando compre esta cinta pida una cinta Récord negra, una cinta Récord azul, o una cinta Récord púrpura, para la marca particular de máquina en que se va a usar. Cuando se escoge la cinta color púrpura es frecuentemente porque se desea una copia impresa de la carta. Esto significa que si se humedece la carta original y se oprime contra una hoja de papel delgado y transparente, aparecerá una copia de la carta en la hoja delgada. Ésta puede archivarse.

Cuando se quieran sacar copias impresas de una carta, la máquina de escribir deberá tener una cinta especial para copia. Éstas también se obtienen en diferentes colores.

Cuando desee escribir la mayor parte en negro pero insertar una que otra palabra en rojo, deberá usar una cinta bicolor. El color de esta cinta está dividido horizontalmente: la mitad rojo y la mitad negro. La pequeña palanca que tienen las máquinas de escribir para mover la cinta, permite al operador cambiar de negro a rojo, y a negro otra vez. Esta clase de cinta es muy útil al mecanografiar estados de cuenta, cuando se quiere escribir el Debe en negro y el Haber en rojo.

La cinta carbón se usa principalmente cuando se desea una apariencia impecable. Esta cinta está enrollada en un carrete grande que encaja en un mecanismo especial de la máquina. Esta cinta se puede usar solamente una vez pero no requiere una máquina especial. Las cintas carbón producen un escrito a má-



FIG. 2-3. Máquina eléctrica IBM

de lugar sobre este privilegiado estado norteamericano, que nunca pierde la protección solar. Tales opiniones serán más imparciales y más representativas que si fuesen todas salidas de mi pluma.

Escribe el estudiante:

«Aprovechamos las vacaciones de Pascua para pasar aquí cuatro días. Las chicas son maravillosas. Cada tarde tomamos «pot» - marihuana. Espero verle la próxima semana en la universidad.»

Escribe el ingeniero dominicano:

«Me ha sorprendido la inseguridad reinante en Miami. Se nos ha aconsejado que no vayamos solos por la noche. Un amigo mío tuvo que arrancar rápidamente en su coche porque dos hombres armados querían subirse en su coche. Más tarde se excusó a la policía por haber pasado una luz roja en aquella ocasión y explicó el porqué.»

La policía le recomendó que la próxima vez atropellase a los asaltantes. Simplemente.»

Escribe el exilado cubano:

«Resulta imposible adaptarse a un mundo que vive de ídolos exteriores y no tiene nada que ofrecer. El dinero es el alma de este pueblo.»

Escribe el viejo norteamericano:

«Trabajé treinta y cinco años de mi vida en Ohio. Ahora me retiro aquí. Este lugar es maravilloso. Sin embargo, le falta vida, le faltan niños. Todas las casas están habitadas por viejos como yo. Además una casa nueva a mi edad significa una hipoteca más que pagar. Creo que esto es el auténtico cementerio de elefantes norteamericano, pero lo prefiero a que me arrinconen en un asilo de ancianos, rodeado seis meses de nieve. Tenemos suerte los que estamos aquí.»

row in front of me, Edgar Marsalla, laid this terrific fart. It was a very crude thing to do, in chapel and all, but it was also quite amusing. Old Marsalla. He damn near blew the roof off. Hardly anybody laughed out loud, and old Ossenburger made out like he didn't even hear it, but old Thurmer, the headmaster, was sitting right next to him on the rostrum and all, and you could tell *he* heard it. Boy, was he sore. He didn't say anything then, but the next night he made us have compulsory study hall in the academic building and he came up and made a speech. He said that the boy that had created the disturbance in chapel wasn't fit to go to Pencey. We tried to get old Marsalla to rip off another one, right while old Thurmer was making his speech, but he wasn't in the right mood. Anyway, that's where I lived at Pencey. Old Ossenburger Memorial Wing, in the new dorms.

It was pretty nice to get back to my room, after I left old Spencer, because everybody was down at the game, and the heat was on in our room, for a change. It felt sort of cosy. I took off my coat and my tie and unbuttoned my shirt collar, and then I put on this hat that I'd bought in New York that morning. It was this red hunting hat, with one of those very, very long peaks. I saw it in the window of this sports store when we got out of the subway, just after I noticed I'd lost all the goddam foils. It only cost me a buck. The way I wore it, I swung the old peak way around to the back - very corny, I'll admit, but I liked it that way. I looked good in it that way. Then I got this book I was reading and sat down in my chair. There were two chairs in every room. I had one and my roommate, Ward Stradlater, had one. The arms were in sad shape, because everybody was always sitting on them, but they were pretty comfortable chairs.

The book I was reading was this book I took out of the library by mistake. They gave me the wrong book, and I didn't notice it till I got back to my room. They gave me *Out of Africa*, by Isak Dinesen. I thought it was going to stink, but it didn't. It was a very good book. I'm quite illiterate, but I read a lot. My favorite author is my brother D.B., and my next favorite is Ring Lardner. My brother gave me a book by Ring Lardner for my birthday, just before I went to Pencey. It had these very funny, crazy plays in it,

and then it had this one story about a traffic cop that falls in love with this very cute girl that's always speeding. Only, he's married, the cop, so he can't marry her or anything. Then this girl gets killed, because she's always speeding. That story just about killed me. What I like best is a book that's at least funny once in a while. I read a lot of classical books, like *The Return of the Native* and all, and I like them, and I read a lot of war books and mysteries and all, but they don't knock me out too much. What really knocks me out is a book that, when you're all done reading it, you wish the author that wrote it was a terrific friend of yours and you could call him up on the phone whenever you felt like it. That doesn't happen much, though. I wouldn't mind calling this Isak Dinesen up. And Ring Lardner, except that D.B. told me he's dead. You take that book *Of Human Bondage*, by Somerset Maugham, though. I read it last summer. It's a pretty good book and all, but I wouldn't want to call Somerset Maugham up. I don't know. He just isn't the kind of a guy I'd want to call up, that's all. I'd rather call old Thomas Hardy up. I like that Eustacia Vye.

Anyway, I put on my new hat and sat down and started reading that book *Out of Africa*. I'd read it already, but I wanted to read certain parts over again. I'd only read about three pages, though, when I heard somebody coming through the shower curtains. Even without looking up, I knew right away who it was. It was Robert Ackley, this guy that roomed right next to me. There was a shower right between every two rooms in our wing, and about eighty-five times a day old Ackley barged in on me. He was probably the only guy in the whole dorm, besides me, that wasn't down at the game. He hardly ever went anywhere. He was a very peculiar guy. He was a senior, and he'd been at Pencey the whole four years and all, but nobody ever called him anything except 'Ackley.' Not even Herb Gale, his own roommate, ever called him 'Bob' or even 'Ack.' If he ever gets married, his own wife'll probably call him 'Ackley.' He was one of these very, very tall, round-shouldered guys - he was about six four - with lousy teeth. The whole time he roomed next to me, I never even once saw him brush his teeth. They always looked mossy and awful, and he

Ackley 16

contenido. Conciso, pero denso en enseñanza. Y lo más impresionante para el lector moderno es que, al filo de su lectura, descubre cosas que tienen para nosotros hoy —para las iglesias en el último tercio del siglo xx— una gran relevancia. Lo escrito hace veinte siglos, en virtud de la inspiración del Espíritu Santo que obró en el apóstol, y que ayuda también al lector sincero y ávido de recibir Palabra de Dios, se convierte en palpitante actualidad, en sabio consejo que puede y debe orientar también nuestra problemática.

El mensaje cristiano es la verdad, porque ha sido dado por Dios. Y la sustancia de este mensaje es el amor: «De tal manera amó Dios al mundo...»; «En esto consiste el amor, en que él nos ha amado primero...» Tal es el acento de la verdad revelada. Amor y verdad no pueden separarse en la experiencia cristiana; el creyente se nutre de ambas realidades y su vivencia no puede eludirlas. Por desgracia, somos dados a los radicalismos más extremos. Se corre el peligro de que, al enfatizar la verdad, se pierda de vista el amor y se ofrezca el lamentable espectáculo de una ortodoxia fría; fiel pero sin calor, correcta en sus formulaciones pero insensible, una ortodoxia olvidada del gran principio de Pablo: «la fe obra por el amor». En la otra orilla extrema —y ésta es la corriente contemporánea—, allí donde se pone el acento en la tolerancia, la comprensión y la misericordia, se pierda el respeto que merece la verdad, la fidelidad que exige Dios a lo que él se tomó la molestia de revelarnos. No nos sorprende que hayamos llegado al momento en que amor sea sinónimo de relativismo y verdad un término convertible en intolerancia. Pero esta dicotomía que hace diferencia entre la verdad y el amor se halla ausente de toda la Biblia. En la Escritura, la verdad y el amor no sólo van juntos, sino que se complementan y armonizan ineludiblemente.

II. EL AUTOR DE ESTA CARTA

Es el apóstol Juan, conocido en la vasta región del Asia Menor (Apoc. 2 y 3) como «el anciano» (literalmente: el presbítero).

¿Por qué escogería un apóstol tal título?

Se trataba de una designación tradicional hebrea, que pronto fue adoptada por la iglesia (Hechos 14:23) y también por el apóstol Pedro (1.º Pedro 5:1, comparado con 1:1). Según Papiás, citado por Eusebio en su *Historia eclesiástica*, a siete de los apóstoles, por lo menos, se les designó también con el título de «ancianos».

En el caso de Juan, sin embargo, comprobamos algo más en esta denominación. No se le llama, simplemente, «un anciano», sino «el anciano». Este detalle es muy significativo. Por varias razones. En primer lugar, era *el único apóstol* que todavía estaba con vida. El último de los testigos inspirados del Señor. Era, además, «anciano» en sentido único, en medio de los demás ancianos que no eran apóstoles. Por humildad, como Pedro, se situaba entre los «presbíteros». Pero, en tanto que apóstol, podía y debía ser llamado «el anciano», de manera singular. Por otra parte, el apóstol era ya muy viejo. Algo así como un patriarca. El título parece abarcar todos y cada uno de estos significados con los que puede usarse el vocablo «presbítero».

III. EL DESTINATARIO DE LA SEGUNDA CARTA DE JUAN

«El anciano a la señora elegida y a sus hijos...» (v. 1).

¿Quién era esta «señora»? ¿Una mujer? ¿Una iglesia personificada?

—No. En el mundo hay millones y millones de libros. En todos los idiomas y tocan todos los temas, incluso algunos que deberían estar vedados para los hombres.

Antonio José Bolívar no entendió aquella censura, y seguía con los ojos clavados en las manos del cura, manos regordetas, blancas sobre el empaste oscuro.

—¿De qué hablan los otros libros?

—Te lo he dicho. De todos los temas. Los hay de aventuras, de ciencia, historias de seres virtuosos, de técnica, de amor...

Lo último le interesó. Del amor sabía aquello referido en las canciones, especialmente en los pasillos cantados por Julito Jaramillo, cuya voz de guayaquileño pobre escapaba a veces de una radio a pilas tornando taciturnos a los hombres. Según los pasillos, el amor era como la picadura de un tábano invisible, pero buscado por todos.

—¿Cómo son los libros de amor?

—De eso me temo que no puedo hablarte. No he leído más de un par.

—No importa. ¿Cómo son?

—Bueno, cuentan la historia de dos personas que se conocen, se aman y luchan por vencer las dificultades que les impiden ser felices.

El llamado del *Sucre* anunció el momento de zarpar y no se atrevió a pedirle al cura que le dejase el libro. Lo que sí le dejó, a cambio, fueron mayores deseos de leer.

■ Pasó toda la estación de las lluvias rumiando su desgracia de lector inútil, y por primera vez se vio acosado por el animal de la soledad. Bicho astuto. Atento al menor descuido para apropiarse de su voz condenándolo a largas conferencias huérfanas de auditorio.

■ Tenía que hacerse de lectura y para ello precisaba salir de El Idilio. Tal vez no fuera necesario viajar muy lejos, tal vez en El Dorado habría alguien que poseyera libros, y se estrujaba la cabeza pensando en cómo hacer para conseguirlos.

■ Cuando las lluvias amainaron y la selva se pobló de animales nuevos, abandonó la choza y, premunido de la escopeta, varios metros de cuerda y el machete convenientemente afilado, se adentró en el monte.

■ Allí permaneció por casi dos semanas, en los territorios de los animales apreciados por los hombres blancos.

■ En la región de los micos, región de vegetación elevada, vació unas docenas de cocos para preparar las trampas. Lo aprendió con los shuar y no era difícil. Bastaba con vaciar los cocos haciéndoles una abertura de no más de una pulgada de diámetro, hacerles en el otro lado un agujero que permitiera pasar una cuerda y asegurarla por dentro mediante un apretado nudo ciego. El otro extremo de la cuerda se ataba a un tronco y finalmente se metían algunos guijarros en la calabaza. Los micos, observándolo todo desde la altura, ape-

Object-Lessons

(I)

First Lesson. (Lesson one)

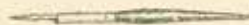
At School.



mouth [ðis] This, this, this, this, this.



a pen.



a penholder.



a pencil.



a pencil-box.

Look! This is a book. What is this? This is a book.

I open the book, the book is open. I shut the book. The book is shut. Open the book! Shut the book!

Look! This is a pen (a nib). This is a penholder. This is a fountain-pen. This is a pencil.

The pen is in the pencil-box. Where is the pen? It is in the pencil-box. The pen, the penholder and the pencil are in the pencil-box.

Open the pencil-box! Shut it!

The ink is in the inkstand. Where is the ink? It is in the inkstand.

This is the india-rubber.



a book.



the ink.



the inkstand.



the india-rubber.



A fountain-pen.

QUESTIONS.—What is this?—Where is...?

ORDERS.—Look! Open...! Shut...!

Stand up! Sit down! Repeat!

At School.

[ði:] the ink, the inkstand, the india-rubber, the exercise-book.
 [ðə] the book, the pen, the door, the window.



a portfolio



a satchel.



a school-bag.

This is a portfolio and this is a school-bag. What is in the portfolio? The books and the exercise-books are in the portfolio.



a sheet of paper

The books, the exercise-books, the pen, the pencil, the ruler are school-things. The school-things are in the school-bag.

This is a piece of paper and this is a piece of blotting-paper. I blot the ink with a piece of blotting-paper.



a blotting-pad.

I open the door. I come in. I shut the door. I am in the class-room (school-room).

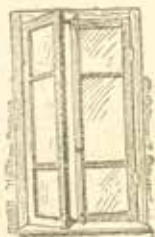
The window is shut. I open the window. The window is open.

Is the window shut? No, it is open.

Is not the door shut? Yes, it is shut, it is not open.



The door is shut.



The window is open.



a ruler.

QUESTIONS.—What is this? What is in...? Is...? Is not...?

ORDERS.—Open the door! Shut the window! Stand up! Come here! Go back to your place! Sit down!

... sos que son memorables: "Dios mueve al jugador, y éste la pieza / Qué Dios detrás de Dios la trama empieza..."

Ah sí. Me gustan las ideas infinitas. Las piezas son como el jugador. Al jugador hay alguien que lo mueve. Se supone que es Dios. Y Dios es movido a su vez... Bueno, yo eso lo escribí de otra forma y se llama "Las ruinas circulares". Son dos cosas exactamente iguales y yo no me di cuenta de que había reescrito "Las ruinas circulares" y le había puesto por título "Ajedrez", pero una muchacha en Córdoba me hizo notar eso. Yo había escrito dos veces la misma cosa, pero lo hice sin saber. Yo no sé si uno tiene tantos temas... Son nuevas metáforas, distintas imágenes, pero la misma idea.

Por algo se dice que uno siempre escribe el mismo libro.

Yo creo que sí. Quizá pueda decir que en una cierta época yo escribí mi mejor libro, y que lo que yo estoy escribiendo ahora lo están escribiendo todos mis contemporáneos. La prueba está que si usted, por ejemplo, dice: este libro está escrito por Quevedo, es el estilo de Quevedo. No, es el estilo de la literatura española en tal fecha, del siglo XVII. Todos estaban escribiendo así. O usted dice: Rubén Darío, No, el estilo de Rubén Darío es el estilo de todos los modernistas de aquella época. Si yo le digo: "Las horas que royendo están los días, los días que royendo están los años"... bueno, usted dice: ¡qué lindos versos de Quevedo! Si, son hermosos versos de Quevedo, pero los escribió Góngora. Pero el tono es el de Quevedo. Y es el mejor soneto de Quevedo.

¿Usted cree que en la Argentina hay otro autor que escriba los mismos libros de Borges?

Seguro. Yo creo que hay demasiados... según me dicen. Yo no los he leído. Cuando yo escribo, trato de no escribir como Borges. Y hay otros que lo hacen, y lo hacen mucho mejor que yo, serán mis discípulos... (risas).

Se dice que uno escribe siempre el mismo libro, pero creo

que fue García Márquez quien dijo que lo importante es saber cuál es ese libro que uno está escribiendo.

Claro, sí, pero no hay muchas posibilidades de escribir otro.

Ese libro sería como el hijo de uno...

No. Porque en un hijo uno sigue pensando, y a un libro uno lo olvida. ¿Usted cree que escribir un libro y un acto sexual se parecen? ¡No, no, no! Son dos cosas completamente distintas. El acto sexual ¿qué fin tiene?... ¿Engendrar? ¡No! Es un momento muy lindo de ternura... de qué sé yo, pero uno no piensa en las consecuencias, se me ocurre. Por eso creo que no tiene nada que ver.

Pero posiblemente escribir se parezca a la "gestación" de un hijo, ¿no?

Yo no creo. Ahora, la maternidad, no sé hasta dónde existe. Yo lei en un libro de un misionero escocés que anduvo evangelizando entre gente de la Polinesia. Entonces llegó a una isla y empezó como empecé yo... (*recita parte del Padre nuestro en inglés antiguo*). Rezó el Padrenuestro, y los indígenas quedaron asombrados. Decían: bueno, pero qué significa "padre"? Entonces se dio cuenta de que no tenían ninguna idea de la paternidad. Que no sabían lo que era un padre. Una madre, sí, porque veían a una mujer que daba a luz a un hijo, y veían el proceso anterior... Pero en cuanto a "padre" decían que no, que no había padre.

Joyce también dijo que la paternidad no existía como sentimiento.

No, como sentimiento es muy distinto. Hay padre, les explicaba el misionero, porque antes, esa mujer ha conocido a un hombre. Lo "conoció" en el sentido bíblico. No, le dijeron, no tiene nada que ver. Esto sucedió mucho tiempo antes. Aquí todas las mujeres conocen a un hombre a los diez años, y no todas tienen hijos. De manera que el misionero tuvo que

el gesto creador, ese además con que se suscita algo nuevo sobre el haz del mundo nos parece casi, casi un gesto indecente, incompatible con la dignidad nacional. Lo único que de París encantó a un amigo mío, sumamente castizo, fue que el puente más viejo de la ciudad se llamase el *Pont Neuf*.

Tesitura tal lleva en arte al colmo del absurdo. Porque es esencial a un valor estético su irreductibilidad a todo otro valor estético. Para mí es Cervantes acaso la calidad más alta que en literatura existe; pero si ahora naciese otra vez, antes de que los críticos casticistas consiguiesen hacerle académico yo intentaría retrotraerlo a su tumba. Un segundo Cervantes sería la cosa más fastidiosa y superflua del universo.

Sea hospitalaria nuestra inteligencia y enseñémosla a gozarse cuando a nuestra puerta llama un extraño, un desconocido, una idea o emoción con que no contábamos. Obra sobre nuestro espíritu un terrible poder de inercia, el cual nos induce a contentarnos con el trozo de vida que nos es habitual. A poco que nos descuidemos, esa propensión estadiza y morosa creará en nosotros la firme convicción de no haber más realidad que la presente ante nuestros ojos. De nada, como de esta inclinación, debe desconfiar quien aspire a hacer de sí mismo un delicado instrumento de humanidad.

No, no; el horizonte de nuestra percepción no es el horizonte de la realidad. Por esto Leibniz, cuando quiere definir el síntoma decisivo del espíritu, advierte que no consiste en la percepción, por la cual nos damos cuenta de lo que tenemos delante, sino en lo que sugestivamente llama *percepturatio*, es decir, *une tendance à nouvelles perceptions*, una como sensibilidad para lo que aún no está ante nosotros, para lo ausente, desconocido, futuro, remoto y oculto¹. Este apetito, esta conación e impulso nos hace rodar más allá de nosotros mismos, aumentarnos, superarnos. Sin ese afán de acaparar el mundo, el hombre sería únicamente la más blanda de las rocas.

Yo leo para aumentar mi corazón y no para tener el gusto de contemplar cómo las reglas de la gramática se cumplen una vez más en las páginas del libro. Una *tendance à nouvelles perceptions* me hace exigir de todo hombre y de todo libro que sea algo nuevo para mí

¹ *Obras de Leibniz*, edición Erdmann, pág. 732, y edición Gerhardt: *Epistolario con Wolff*, pág. 56. — Cf. Cassirer: *Leibniz, System in seinen wissenschaftlichen Grundlagen*, 1902, págs. 375 y 376.

y muy otro que yo. Hable, pues, quien no sea capaz de más, sobre las faltas de sintaxis que en Baroja pululan. Yo tengo que hablar de la sobra de su espíritu, de su individual postura ante ese temblor ubicuo que llamamos vida. Y no hallo cuál pueda ser la finalidad de la crítica literaria si no consiste en enseñar a leer los libros, adaptando los ojos del lector a la intención del autor.

VII

BAROJA TROPIEZA EN CORIA CON LA GRAMÁTICA

Va para dos años, próximamente, que hice con Baroja un viaje a la sierra de Gata. Iba yo movido no más que por esa *percepturitia* de que habla Leibniz, ese entusiasmo visual, ese deleite incalculable de revolcar la retina sobre paisajes no vistos aún. Baroja llevaba un propósito más decidido. Desde hace mucho tiempo, todos los pasos de Baroja van seguidos por el espectro de Aviraneta. En aquella ocasión se trataba de localizar una hazaña del extraño personaje, llevada a cabo cuando asistía a la toma de Coria. El volumen que sirve a estas notas de pretexto narra la aventura y aprovecha las imágenes cosechadas en nuestra excursión. Pues bien, cuando, hartos de andar y ver, volvíamos a la posada —allá en Coria, ciudad inverosímil, sombría, torva e inmóvil como un susto en medio de un camino—, Baroja sacaba del bolsillo una tonelada, poco más o menos, de papeles impresos. Eran las pruebas de una novela suya próxima a publicarse. Y sin dejar de tomar parte muy activa en la discusión que a esta hora crepuscular solía encenderse entre todos los compañeros de viaje, Baroja, con los restos de un lápiz, corregía sus pruebas. Evidentemente, mientras castigaba su estilo, Baroja atendía más al tema de la conversación que a la gramática de su novela. Pero un día nos sorprendió el silencio del novelista, hundido, casi náufrago, en las olas tempestuosas de sus galeradas. Y era tanto más extraño cuanto que a la sazón hablabamos de Goethe y del giro *pagano* que dio, o quiso dar, a su existencia. Ahora bien; Goethe y su ideal *pagano* de la vida son dos cosas que suelen, muy especialmente, sacar de quicio a Baroja. Mas, al cabo de un rato, vimos que se alzaba del torrente de papel y decía:

—¿Lo ven ustedes? No hay cosa peor que ponerse a pensar en cómo se deben decir las cosas, porque acaba uno por perder la ca-



Bartolomé Bermejo, *Santo Domingo de Silos*



Pedro Berruguete, *San Agustín*

¿Qué hora era? Pessoa no lo sabía. ¿Era de noche? ¿Había llegado ya el día? Vino la enfermera y le puso otra inyección. Pessoa ya no notaba el dolor en el costado derecho. Ahora se encontraba en una paz extraña, como si una niebla hubiera descendido sobre él.

Los otros, pensó, ahora vendrían los otros. Naturalmente, quería saludarlos a todos antes de marcharse. Pero un encuentro le tenía preocupado, el encuentro con el Maestro Caeiro. Porque Caeiro venía desde el Ribatejo y tenía una salud delicada. ¿Cómo vendría a Lisboa, tal vez en calesa? Es verdad que Caeiro ya estaba muerto, pero todavía estaba vivo, permanecería eternamente vivo en aquella casa encalada del Ribatejo desde donde contemplaba con ojo implacable el transcurrir de

las estaciones, la lluvia invernal y la canícula del verano.

Oyó que llamaban a la puerta y dijo: adelante.

Alberto Caeiro llevaba una chaqueta de pana con el cuello de piel. Era un hombre del campo y se veía en sus ropas.

Ave, Maestro, dijo Pessoa, morituri te salutant. Caeiro se acercó al pie de la cama y se cruzó de brazos. Mi querido Pessoa, dijo, he venido para decirle una cosa, ¿me permite que le haga una confesión?

Se lo permito, replicó Pessoa.

Pues bien, dijo Caeiro, cuando a usted, durante las noches, le despertaba un Maestro desconocido que le dictaba sus versos, que le hablaba del alma, pues bien, ha de saber que ese maestro era yo, era yo quien se ponía en contacto con usted desde el Más Allá.

Lo suponía, mi amado Maestro, dijo Pessoa, suponía que se trataba de usted.

Sin embargo, tengo que pedirle disculpas por haberle provocado tantos insomnios, dijo Caeiro, noches y noches en que usted no ha dormido y ha permanecido escribiendo como si estuviera en trance, yo siento remordimientos por haberle causado tantas molestias, por haber ocupado su alma.

No le entenderían a usted y dirían: «Ese novelista está loco; se trata de otro joven que quiere ponerlo todo patas arriba.» Porque no habrá quien haga el esfuerzo necesario para reconocerse en ese fárrago de incoherencias. Los que no han vivido se figuran que las cosas son tal como las apariencias las muestran ante sus propios ojos. Y las novelas no interesan a los que han vivido. En el país de los ciegos los tuertos no son reyes, son locos. Recuerde usted aquel cuento de Wells que se titula, precisamente, *El país de los ciegos*. A un país llega uno que ve. Se le considera como a un enfermo a quien no hay más remedio que curar, sacándole los ojos. Pues, si me cree a mí, usted será uno que ve en el país de los ciegos. No le sacarán los ojos, pero lo tratarán como a un loco porque usted habrá visto lo que no vieron los demás, porque había comprendido que el hombre es complejo y siente discurrir su vida sin poder obrar en nada sobre su propia conducta. Es impulsado por el destino, sin que pueda actuar contra él. Además es imprescindible que yo muera. Quedaría incompleta la novela si yo no muriera en las últimas páginas. No lo olvide. Y, sin embargo, en la vida no siempre se terminan las historias; algunas veces se interrumpen, a la buena de Dios. Tanto peor si empezaban a ser divertidas. Loti dijo en *Mi hermano Ives* (relato de memoria), y permíteme si deformedo un poco los términos de la conclusión: «Sería demasiado hermoso si se pudiera detener la vida como se interrumpen las historias.» Yo añadiría: «Y si pudiese continuar aquélla como continúan éstas.»

Sonreía al hablarme; pero se borró su sonrisa al pronunciar las últimas palabras. Y vi su nariz titilar como cuando le agitaba una emoción interior. Después guardó silencio, pensando, sin duda, en las palabras que acababa de pronunciar, como si se las aplicase a sí mismo.

Sentí pena por él y protesté:

—¿Por qué ese afán de repetir: «Hermanos, morir habemos»? ¿Cree usted que sirve para algo? Ya sabemos que todos estamos condenados a morir; razón de más para aceptar la vida con filosofía y para procurar embellecerla... Ya es de noche; está usted

destemplado. Algunos recuerdos le han obsesionado y ello hace que lo vea usted todo negro. Reaccione. Mañana lo habrá olvidado todo. Tenga el orgullo de mandar en sus pensamientos, rechazando los que le dañen.

Pero había dejado de escucharme. Había ido hasta la ventana y, separando la cortina, contempló a través del cristal la oscuridad de la noche. Volvió suspirando:

—¡Otra vez la noche! Quisiera que siempre fuera de día.

—¿Por qué?

—Todas las noches me siento deprimido. Ya no tengo fuerzas para rechazar el hastío; mis penas aumentan y se amplían. ¿No le ocurre a usted lo mismo?

—A mí muy al contrario. Me gusta la noche, saboreo su dulzura, el reposo que trae consigo...

¡Cuán deseada es por mí la hora en que el día muere!

—Sí; pero termine usted el poema y volverá, como Tomás Moore y como yo, a esta idea de la que no puedo huir:

*Sueño con hollar ese camino dorado de luz
y pienso que conduciría a alguna isla luminosa de
[reposo.*

Y sacudió la cabeza.

—Nada puede distraerme. Tengo miedo y al mismo tiempo la curiosidad enfermiza, la obsesión de la muerte. Todo me recuerda esa idea. Por revueltas inverosímiles mi pensamiento retorna a ella. Esta misma mañana, una mosca, sí, una gran mosca, que despertó con la luz del día, vi que se estaba limpiando las alas, las patas, la cabeza, quitándose pequeñas partículas de polvo. Descansaba y volvía a empezar





JUICIOS ACERCA DE ESTE LIBRO

NACIONALES

«He leído el libro de Kipling que Perés ha traducido de tan admirable modo... La grandiosa poesía del mundo natural pocas veces ha sido interpretada por un hombre de modo tan elevado y profundo como por Kipling.» — RAFAEL ALTAMIRA. (*La Vanguardia*.)

«Debe considerarse como de muy saludable divulgación en España, como un reconstituyente poderoso de nuestras generaciones infantiles, deprimidas por el régimen latino, socialista, afeminado, caído en la molición, que todo lo espera del Estado o del hombre providencial, que ha dejado morir los individualismos fecundos y fuertes, que tiembla de cobardía ante la idea del peligro, del dolor físico, de la más insignificante incomodidad...» — MIGUEL S. OLIVER. (*Diario de Barcelona*.)

«Kipling no humaniza a los animales más que lo estrictamente preciso para que les entendamos. Lo que quiere es presentar un cuadro viviente de la naturaleza, interpretar la vida animal de un modo artístico, hacer una nueva poesía descriptiva, animada por un soplo dramático... Hay lobos, osos, elefantes y otros apreciables cuadrúpedos en el libro de Kipling, mucho más dignos de atención que las damiselas y los caballeros que nos dan a conocer en sus obras no pocos novelistas nacionales y extranjeros.» — E. GÓMEZ BAQUERO. (*El Imparcial*.)

«Es Rudyard Kipling una de las personalidades de mayor relieve en la literatura contemporánea... *El libro de las tierras vírgenes* es una extraña colección de cuentos, ataviados con ropaje de exotismo, llenos de originalidad y en los que, bajo apariencias de narraciones para niños, se envuelven regocijadas sátiras sociales. Acaso, como dice acertadamente el traductor, sea esta obra una gran fábula con que un escritor se venga de los que le han hecho sufrir.» — (*La Ilustración Española y Americana*.)

«Usted ha sabido conservar al libro su estilo fuerte y extraño. Sobre todo la traducción de las poesías es primorosa. Sólo un poeta y un literato como usted podía llevarla a cabo tan felizmente.» — ARMANDO PALACIO VALDÉS. (*Carta al traductor*.)

«Su traducción de *The Jungle Book* de Kipling es admirable... Es usted un traductor ideal y de un gusto exquisito, cosas ambas que no se encuentran.» — RICARDO LEÓN. (*Carta al traductor.*)

«Nunca un escritor fué tan personal e impersonal a la vez. Es siempre su opinión la que se impone... Kipling es, sin disputa, uno de los primeros literatos del mundo... uno de los talentos creadores de primer orden al comenzar el siglo xx... Despliega en este libro una imaginación semioriental, primitiva, mítica... Al que guste de leer cosas de poderoso valor y a aquellos iniciados en las filosofías de la voluntad, de poder y querer, les recomiendo este libro...» — (*Nuestro Tiempo.*)

«Kipling es uno de los escritores más originales de estos tiempos, y su obra considerabilísima y variada... El inmenso éxito de estos relatos débese, sin duda alguna, a su novedad... En estas novelitas todo es nuevo: procedimientos, lenguaje, asunto. La narración es precisa, neta, vigorosa, de una claridad sencilla y pura... Las descripciones son convincentes y dan una expresión cierta de realidad. Todo es verdad y todo es inverosímil en estas historias zoológicas. No solamente hablan los animales, sino que tienen intenciones singulares, proyectos maravillosos, combinaciones complicadísimas... De un gesto exactamente observado, de un instinto del animal, Kipling induce sus intenciones, sus cálculos, sus sentimientos, y con estos documentos medio-reales, medio fantásticos, concluye su fabulación... Jamás se ha escrito sobre los animales nada tan verdadero, ni tan falso al mismo tiempo, pues no solamente estas focas, estos elefantes y estos lobos hablan un lenguaje humano, sino que piensan también humanamente...» — (*La Lectura.*)

«Kipling escribe con verdadera amenidad, no abuso del estilo y tiene una cualidad que es decisiva en el mundo del arte: la sencillez homérica, y, por añadidura, una facilidad prodigiosa, asociada a la más hermosa lozanía de imaginación.» — (*La Integridad.*)

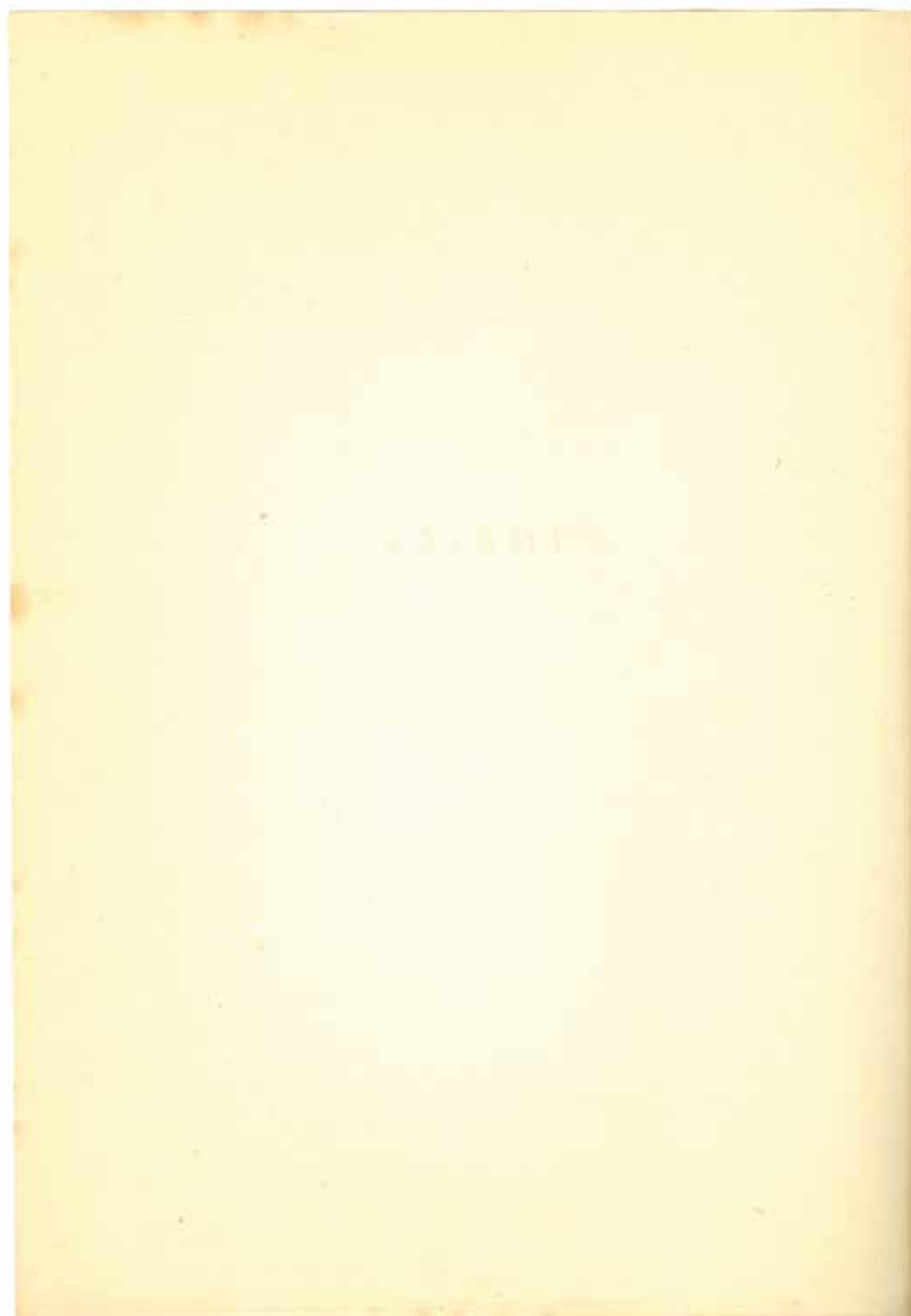
«Hay en todos los relatos notas de una primitiva y encantadora sencillez, que se mezclan con otras intencionadísimas, agudas, con la agudeza que les da el ser reflejos de esta sociedad profundísimamente conocida por el autor...» — (*La Libertad.*)

«Es una obra maestra. Libro que no se parece a ninguno, impetuoso, fantástico... es el fruto sabroso de un temperamento robusto nutrido en el amor de la naturaleza.» — (*El Cantábrico.*)

«La traducción española de Perés es muy superior a la francesa, no sólo por la fidelidad escrupulosa, sino por la mayor fuerza y propiedad del estilo.» — (*La Publicidad.*)

«Es una obra única en su género, por la originalidad de la concepción y las esplendentes narraciones que encierra...» — (*Las Noticias.*)

ÍNDICE



Este libro terminó de imprimir en el mes

de junio de 2016.

Emiliana
Lanagibel

Barcelona





